

JESÚS, SÚPLICA Y DESEO DEL ADVIENTO¹

*«Por este niño suplicaba
y el Señor me ha dado lo que pedía»
(1 Sam 1,27)²*

Doy las gracias a D. Juan Miguel por haberme invitado a dirigir esta meditación y también a ustedes por compartir este rato de oración ante el Santísimo.

I.

Ojalá los ojos de todos nosotros se centren en Él, en Jesús. El Adviento nos enseña a suplicar por Él y hacer de Él el deseo ardiente de nuestro corazón. El Adviento es el hálito con que el Espíritu de Dios renueva nuestra inteligencia y nuestra voluntad para levantarnos hacia Cristo. Nos une a la súplica que nació en el corazón de los patriarcas y de los profetas de Israel, muy anteriores al nacimiento de Cristo; la que también hizo suya Santa María y los Apóstoles, contemporáneos del Señor; la misma súplica de los santos llegados después a la Iglesia de todas partes: **«Queremos ver a Jesús»** (Jn 12,21).

Afirmar que los justos del Antiguo Testamento desearon ver a Jesús puede parecer chocante. Pero Él mismo lo dice en el Evangelio: «Abraham deseó ver mi día». Bueno, en realidad dice: **«Abraham saltó de gozo pensando ver mi día. Lo vio y se llenó de alegría»** (Jn 8,56). Son palabras enigmáticas, pero es claro que quien se alegró tantos siglos antes es porque deseaba aquello que anticipadamente veía, con visión profética. El Espíritu Santo puso en su corazón lo que ya estaba en el designio eterno de Dios. El primer acto creador de Dios ya fue hecho pensando en Jesús, el hijo de María. Todas las palabras que de Dios fueron dichas a los antiguos judíos, desde Abraham, fueron dichas con vistas a Él. Y todos los prodigios que Dios hizo en la Antigua Alianza, todos

¹ Meditación en la parroquia de Santa María la Mayor, de Alcalá de Henares, el jueves 16 de diciembre de 2021.

² Cf.: Misa del 22 de diciembre.

fueron hechos con vistas a Él. No hay palabra ni obra de Dios que no hable de Jesús, ante cuyo Cuerpo eucarístico tenemos la fortuna de estar. Cristo no hierra: «**Abraham vio mi día y se llenó de alegría**». Los justos del Antiguo Testamento, educados por el Espíritu de Dios, desearon ver a Jesús.

Podéis pensar: pero María lo tuvo en brazos y los Apóstoles lo tenían siempre con ellos, ¿cómo pudieron desear lo que ya tenían? Os propongo un ejemplo: todos aquí creemos que estamos ante Jesús, real y sustancialmente presente en el Santísimo Sacramento del Altar. Miramos el Pan eucarístico y estamos seguros de ver a Jesús, el mismo que estuvo clavado en la cruz, el mismo que resucitó y vive. Sin embargo, desearíamos ir con la mirada más allá y penetrar en el misterio de su presencia sacramental. Querriamos ver con más profundidad, adentrarnos en su corazón y ver su luz encendiendo nuestra propia alma. Pues de igual forma María y los Apóstoles, que venían, escuchaban y tocaban al Verbo de la Vida encarnado querían ir más allá de las palabras, de los gestos y de la carne para tocar con su propia alma el misterio más hondo de Cristo.

No me cabe duda alguna de que María fue la que mejor conoció en la humanidad de su Hijo, en su cuerpo y en su alma humana, el misterio de la persona única e irrepetible del Hijo de Dios hecho hombre.

En su hijo recién nacido María podía contemplar al Hijo Eterno nacido en el tiempo, al Hijo de Dios nacido como hijo del hombre, hombre perfecto. Ella, con la inteligencia gobernada por la plenitud de gracia, podía contemplar el torrente de amor con el que el Padre engendraba a su Hijo desde la Eternidad. Podía contemplar la corriente del amor de Dios, que por la humanidad de su pequeño, estaba lista para derramarse sobre el mundo de los hombres. Y más adelante, cuando tras la cruz tomó en sus brazos a Jesús muerto, María, llena de dolor, podía contemplar la obra de nuestra redención y la victoria sobre el pecado. En el odio con que el pecado cayó sobre el Justo podía contemplar el amor bellísimo con el que el Hijo se había entregado libremente a cada hombre para redimirlo. Sí, la Inmaculada, podía ver más que ningún otro, tenía esa mirada aguda de los profetas que penetraba hasta la verdad de los acontecimientos. Y aun así, miraba a su Hijo como un océano inabarcable,

siempre más grande que su propia inteligencia. También ella, la que más veía, anhelaba más luz, porque esa luz no cansa ni ciega. Suplicaba más luz para que nada lo separase de su alma; más luz para poder abrazar la verdad con su amor. También ella deseo y suplicó siempre ver más. San Efrén de Nisibe, imaginaba así la oración, llena de asombro, de María ante su Hijo:

¿Cómo podré abrirte la fuente de leche a Ti, que eres Fuente?
¿Cómo podré darte sustento a Ti, que sustentas el Universo?
¿Cómo podré acercarme a tus pañales,
a Ti que te revistes de luz³.

En María, como en todos los santos, conocer significa amar. Y el amor no se contenta con lo que tiene, quiere aún avanzar, conocer más y amar más. Quiere tocar con más sensibilidad, escuchar con más agudeza, ver con más claridad.

El salmo 105 dice: «**Buscad siempre su rostro**» (Sal 105,4). Es una variación del primer mandamiento: «**Amarás al Señor, tu Dios, con todo el corazón**». El mandamiento implica esta búsqueda: Quien ama busca. San Agustín hace notar que el salmo no solo dice: «Buscad su rostro», como si solo hubiese que hacerlo durante un periodo de la vida, sino *siempre*, también cuando ya se ha encontrado y se goza de él. «**Buscad siempre mi rostro**», porque al encontrar a Dios, y lo encontramos en su Hijo hecho hombre, al contemplar el rostro de Dios, y lo contemplamos en el rostro de Cristo, los sentidos del alma se sumergen en un mar infinito en el cual siempre se abren nuevas riquezas de su amor. Sí, Jesús es un océano infinito de belleza, de bien y de amor. Por eso dice san Agustín: «**Que el encontrar no depare un fin a ese preguntar que caracteriza el amor, sino que con el amor creciente crezca también el preguntar dentro del amado?**»⁴.

Así pues, los Apóstoles y la misma Virgen María, tuvieron siempre en el corazón el deseo y la súplica: ver a Jesús, verlo mejor. Y, como les decía antes,

³ SAN EFRÉN, *Nativitate* V,24

⁴ SAN AGUSTÍN, *Ennarrationes in psalmos*, 104,3 CChr, p. 1537. En: JOSEPH RATZINGER, *El Dios de la fe y el Dios de los filósofos* (Encuentro, Madrid 2006), 32

los santos posteriores, los que, vinieron después al conocimiento del Evangelio, todos han mantenido el mismo deseo y la misma súplica. Esta es nuestra súplica, la que el Adviento acrecienta en nosotros. La súplica de los gentiles ya expresada en el evangelio de san Juan cuando cuenta que unos griegos se acercaron al apóstol Felipe para que les llevara donde Jesús: «**Queremos ver a Jesús**» (Jn 12,21), le dijeron.



II

Hay en el hombre un deseo natural de ver a Dios. Es un milagro de nuestra creación. Somos solo criaturas, pequeñas y pobres; sin embargo, nuestro deseo va más allá del universo infinito y se eleva hasta Aquel que no puede ser contenido por nada. Nuestra alma creada es capaz de Dios. Es el prodigio con el que convivimos desde que somos engendrados en el útero de nuestra madre. Habéis oído muchas veces las palabras de san Agustín: «**Nos hiciste, Señor, para ti y nuestro corazón está inquieto hasta que descansa en ti**».

El deseo natural de ver a Dios y la sorprendente capacidad de nuestra alma para acogerlo, están gobernados por el mandato del amor a Dios, que se escucha tanto en la conciencia como en la Revelación. Pues bien todo esto, nuestro deseo, nuestra admirable capacidad, el mandato del amor a Dios, todo se corresponde con el deseo de ver a Jesús, de seguirle, de estar con Él.

Pondremos un par de ejemplos que nos ayuden a entender nuestro corazón y a dirigirlo hacia su meta.

1. Recordad a Abrán. Cuando Dios lo llama, en Ur de los Caldeos, Abrán vivía entre hombres que desconocían al Dios verdadero, y él mismo lo desconocía. Formaba parte de un pueblo que adoraba ídolos de madera o piedra. ¡A esas cosas las tenía por dioses! Y un día escucha: «**¡Abrán!, ¡Abrán! Sal de tu tierra y de tu patria a la tierra que yo te mostraré. De ti haré un gran pueblo y sé tú una bendición...**». Y ya sabéis que Abrán, se fio de Dios y obedeció...

De Abraham, lo que más me sorprende no es que se fiase de Dios. Lo que me sorprende es que reconociese a Dios. ¿Cómo pudo reconocer en una voz, ya sea interior o exterior, al ser al que es necesario obedecer y entregarse? ¿Cómo pudo reconocer a Dios?

Pensemos un momento en María cuando recibió el anuncio de Gabriel. Muchas cosas nos hacen pensar que María, aunque era muy jovencita, tenía un gran conocimiento de Dios. Tenía un conocimiento natural de Dios, porque su espíritu no había sido tocado por el pecado. Es la Inmaculada, sin sombra de pecado, lo que significa que ni su inteligencia ni su voluntad estaban ofuscadas por el error y por la debilidad. Tenía la inteligencia despierta para reconocer al Creador y la voluntad firme para adherirse a Él. Vivía desde niña unida a Dios. Además, María formaba parte de Israel y como todos los israelitas, sabía del Dios vivo que les había liberado de Egipto, que les había prometido un Mesías de la descendencia de David. María rezaba los salmos y las otras oraciones judías. Suplicaba a un Dios al que conocía y sabía muy bien lo que pedía: que viniese el Mesías, el hijo de David. ¿Creéis que si el anciano Simeón esperaba la venida del Mesías no lo haría María? Cada año, en la fiesta de las Tiendas, los judíos suplicaban la venida del Mesías. Todos sabían del Dios verdadero y esperaban al Mesías. Pues con un conocimiento mucho más cierto, con un deseo mucho más amoroso, María. Así pues, cuando Dios irrumpió en su silencio por medio del Ángel, aun con todo el desconcierto del mundo, María pudo reconocer a quien conocía desde niña, a quien amaba, a quien dirigía cada día sus oraciones.

Pero, ¿qué conocía el viejo Abraham? ¿Quién le había hablado a él de Dios? ¿Quién le había enseñado a invocar a un Dios que aún no se había manifestado a nadie por medio de una revelación sobrenatural? ¿Cómo podía conocer Abraham al Dios verdadero que no se puede confundir con ningún ser de este mundo porque es más grande que todo? ¿Cómo pudo reconocer a Dios en una voz? No sabía nada del Dios vivo: ni quién era, ni cómo llamarlo, ni cómo darle culto. No sabía de su fidelidad, ni de su misericordia...

Y sin embargo, de alguna forma conocía que existía un Dios que no era como los ídolos de su familia. El Dios verdadero más grande que todo y causa

de todo, Creador y vivo, un Alguien amante, no un trozo de piedra o madera, no la luna ni el sol ni la tierra, sino un Tú que conocía su alma, el único que realmente tocaba su espíritu; a Quien anhelaba su corazón, como si hubiese dejado su huella en él y se hubiera ausentado.

San Ireneo de Lyon dice lo siguiente de este Abrán, desconocedor aún del Dios del que llegará a ser amigo: **«Cuando siguiendo el ardiente deseo de su corazón, peregrinaba por el mundo preguntándose dónde estaba Dios y comenzó a flaquear y estaba a punto de desistir de su búsqueda, Dios tuvo piedad de aquel que, solo, le buscaba en el silencio»**⁵.

2. Vamos a un segundo ejemplo: Moisés. En el monte Sinaí, Dios manifestó su presencia con un fuego y un sonido atronador que llenó de temor a los israelitas, tanto que pensaron que iban a perder la vida. Entendieron que Dios no es comparable a nada de este mundo: es el Grande, el Poderoso, el Santo. Por ese y otros acontecimientos Israel llegó a entender que había una separación tal entre Dios y el hombre, entre su mundo y el nuestro, entre su santidad y nuestro pecado, que para adentrarse en el mundo de Dios era necesaria la muerte: **«Ningún hombre puede ver a Dios y seguir viviendo»** (Ex 33,20). Y en el monte Sinaí, cuando Dios se manifestó con aquel fuego y aquel estruendo, dijeron a Moisés: **«Habla tú con nosotros y te escucharemos; pero que no hable Dios con nosotros, no sea que muramos»** (Ex20,18).

Moisés, sin embargo, progresó en una gran familiaridad con Dios. Los judíos decían que hablaba con Dios cara a cara. Es él quien sube al monte humeante, se adentra en la nube y conversa con Dios durante cuarenta días (Cf.: Ex 24,15.18). Pero también Moisés experimentaba un límite en el conocimiento del Dios vivo, un límite que quería superar: quería ver a Dios (Cf. Ex 33,18). San Pedro Crisólogo escribe:

La angosta mirada humana ¿cómo iba a poder abarcar a Dios, al que no abarca todo el mundo creado? La exigencia del amor [...] no conoce la medida. El amor no se para ante lo imposible, no se echa atrás con la dificultad. [...] El amor

⁵ SAN IRENEO, *Demostación de la predicación apostólica* (F.P. 2 Ed. Ciudad Nueva. Madrid 1992), 24

engendra el deseo, se crece con el ardor y, por el ardor, tiende a lo inalcanzable. [...] El amor no puede quedarse sin ver lo que ama: por eso los santos tuvieron en poco todos sus merecimientos, si no iban a poder ver a Dios. Moisés se atreve por ello a decir: «Si he obtenido tu favor, muéstrame tu gloria»⁶.

El Adviento recoge el deseo de ver a Dios, que aparece en Abraham y en Moisés, el deseo del Dios vivo, del Creador de todas las cosas, del Dios mayor que el universo. A pesar de que el Dios verdadero parece estar lejos de las reales posibilidades del hombre, el Adviento no deja de estimular el deseo de Él. Y lo hace diciendo: **Dios viene**. Esta es la gran afirmación. De ahí el grito del Bautista: «**Preparad el camino del Señor**» (Lc 3,4)⁷. Insisto: no hablamos de los dioses de madera o piedra, a esos es fácil verlos y manipularlos. No, el Adviento dice que viene el Dios verdadero, el Todopoderoso, el Santo. La liturgia de estos días nos dice: «**Verán la gloria del Señor, la belleza de nuestro Dios**» (Is 35, 1-10)⁸. Y también: «**Súbete a un monte elevado, heraldo de Sion; alza fuerte la voz, heraldo de Jerusalén; álzala, no temas, di a las ciudades de Judá: “Aquí está vuestro Dios”**» (Is 40,9)⁹.

Y para subrayar que no se trata de un ídolo, sino del Dios verdadero, añade enseguida: «**Es él, que tiene su trono sobre la bóveda de la tierra, desde donde los hombres parecen saltamontes. Es él, que extiende el cielo como un lienzo, que lo despliega como una tienda donde habitar. Es él, que reduce a nada a los poderosos y anula a los gobernantes de la tierra [...] “¿Con quién podréis compararme? ¿Quién es semejante a mí?”**», dice el Santo. Alzad los ojos a lo alto y mirad: **¿quién lo creó todo? Es él, que despliega su ejército y a cada uno convoca por su nombre**» (Is 40, 22-26)¹⁰.

Así pues, el Adviento, como el Espíritu Santo entre los justos del Antiguo Testamento, nos hace albergar la esperanza y decir con el salmo **«al despertar,**

⁶ SAN PEDRO CRISÓLOGO, Sermón 147 (PL 52,594-595). En la Liturgia de las horas, jueves de la II semana de Adviento.

⁷ Misa del III Domingo de Adviento.

⁸ Misa del lunes de la II semana de Adviento.

⁹ Misa del martes de la II semana de Adviento.

¹⁰ Misa del miércoles de la II semana de Adviento.

—porque pasará esta noche en la que el sol calla— **me saciaré de tu semblante, Señor**» (Sal 17,5). Y mientras llega el día suplicamos con confianza: «**¡Oh Dios, restáuranos, muestra tu rostro radiante y seremos salvos!**» (Sal 80,4.8.20)



III.

Volvamos a la súplica de Moisés: «**Muéstrame tu gloria**». Y a la respuesta de Dios: «**Mi rostro no lo puedes ver**» (Ex 33,18.20). Realmente tal inmediatez e intimidad no era posible aún. Los justos debían esperar a que Dios se hiciese hombre y los ojos de su alma fuesen purificados por el Redentor, perfeccionados por su amor. Debían esperar a Quien eliminase todos los obstáculos, a Quien apartase la espada de fuego que cerraba el paso al Paraíso e hiciese posible la comunión de vida entre el hombre y Dios. Para que el hombre fuese capaz de ver a Dios era necesario que Dios se hiciese hombre y elevase al hombre hasta él. Solo quien era Dios podía hacer visible a Dios en el mundo del hombre y solo él podía elevar al hombre hasta Dios mismo.

Era necesario que el Grande se hiciese pequeño, que el Todopoderoso se hiciese débil, que el Inmortal se hiciese mortal, el Creador, criatura. Un milagro que solo el amor Creador podía hacer posible. El milagro que el amor Creador y Redentor realizó: Y el Verbo, Dios verdadero, se hizo carne y puso su morada entre nosotros. Él es el rostro visible del Dios invisible: «**Quien me ha visto a mí, ha visto al Padre**» (Jn 14,9). En Jesús, hombre verdadero, Dios se nos ha acercado y se nos ha hecho visible. En su rostro brilla la gloria de Dios (Cf. 2 Cor 4,6).

La búsqueda de Dios, que lanzaba al hombre más allá de los límites del universo ahora se vuelve a algo muy concreto y cercano: Jesús de Nazaret. La cercanía del Dios todopoderoso que imponía un temor mortal a los hombres ahora se convierte en algo totalmente diverso: «**Encontraréis a un niño envuelto en pañales y reclinado en un pesebre**» (Lc 2,12).

San Efrén describe el milagro de la condescendencia y del amor de Dios, que le lleva al empequeñecimiento:

Para no espantar con su magnitud a los que le vieran,
se replegó a sí mismo,
del Todo a la tierra de los hebreos,
y de ella a Judá, y de Judá a Belén,
hasta llenar tan solo el pequeño seno de María.
Y como si fuera una diminuta semilla en nuestro jardín,
y un pequeño rayo de luz en nuestra pupila,
se ha manifestado, se ha extendido y ha llenado el mundo¹¹.

Antes de la venida y del conocimiento de Cristo, nuestra razón, nuestra voluntad y nuestro afecto se veían obligados a ir donde en realidad no podían, porque realmente no podemos escalar el cielo. Igual que Moisés no podíamos ver la Gloria de Dios. Pero ahora todo se concentra en Jesús. El deseo que movía la búsqueda de Abraham, el deseo ardiente de Moisés, el deseo que habita nuestro corazón, de lo más grande, de lo más alto, del que es eterno e infinito, ahora tiene que adiestrarse para buscarlo, ¡todo eso!, en algo muy pequeño, en la humildad de Belén, en el seno de María, donde se nos da Jesús. **«En Él están encerrados todos los tesoros del saber y del conocer»** (Col 2,3). En él encontramos lo que Abraham buscaba y vio anticipadamente, la gloria del rostro de Dios que Moisés pedía, lo que nuestro corazón añora desde que empieza a latir.

Por eso el Adviento, al tiempo que nos inflama en el deseo del encuentro con el Dios vivo, nos llama también a mirar a la humilde y joven virgen que está encinta como el gran signo: **«El Señor, por su cuenta, os dará un signo. Mirad: la virgen está encinta y da a luz un hijo, y le pondrá por nombre Enmanuel»** (Is 7,14)¹². Esta es la gran señal del Adviento. Junto a la afirmación «Dios viene», esta otra de «la virgen está encinta».

Ahora debemos acostumbrarnos a buscar lo más grande en lo más pequeño, no en lo más pequeño en genérico, sino en este niño que nos da María, en el crucificado que vive, en el Pan eucarístico que nos ofrece la Madre

¹¹ SAN EFRÉN, *Nativitate* II,21

¹² Cf.: Misa del 20 de diciembre.

Iglesia. Pero, ¡atentos aquí!, porque no hay forma de acostumbrarnos a esta pequeñez de Dios, no hay forma de reconocerlo y adorarlo sin ir tras él, sin compartir su camino humano. «El ver tiene lugar en el seguimiento. Y el seguimiento es un vivir en el lugar donde está Jesús»¹³. Empezamos este camino aquí, amaestrados por el Adviento, acostumbrando los ojos de nuestra alma a buscar al Dios verdadero en el hijo de María, el deseado de los tiempos, el que anhela nuestro corazón.

Una palabras que escuchamos en la Misa del 22 de diciembre, palabras de Ana, la estéril esposa de Elcaná, la madre del profeta Samuel, nos sirven para este acto de fe y de adoración con el que terminamos: **«Por este niño suplicaba y el Señor me ha dado lo que pedía»** (1 Sam 1,27)¹⁴.

Podemos repetirlo y quedar en silencio ante su Cuerpo expuesto: **«Por este niño suplicaba y el Señor me ha dado lo que pedía»**.



P. Enrique Santayana Lozano C.O.
16 de diciembre de 2021
Alcalá de Henares

¹³ JOSEPH RATZINGER, *Caminos hacia Jesucristo* (Cristiandad, Madrid 2004)18.

¹⁴ Cf.: Misa del 22 de diciembre.